

Encuentro de Reflexión Mons. Angelelli

de tener un doble discurso y proclamar una caridad y una justicia de papel. Nos enseñó que eso no es chifladura de un hombre, de tres o cuatro locos porque la caridad y la justicia están en el corazón de Dios y de la Biblia.

Angelelli hoy sigue vivo a través de todos los que somos capaces de hacer memoria de él y en él hacer memoria de la causa de Jesús.

Una Iglesia que sea Iglesia del Concilio necesariamente tiene que generar acciones de organización. No sólo debe apoyar las que están sino que debe ayudar donde el pueblo está sin protección, sin organización. No podemos transmitir el mensaje de Jesús si inmediatamente no nos lleva a un camino de solidaridad. Y la solidaridad sólo es posible, en clave de fe, en la comunidad de los cristianos que empezamos a trabajar sintiéndonos parte de esa Iglesia en comunidad. Y en clave política o social tiene que notarse el impacto de transformación de la realidad, una Iglesia que está metida en su pueblo de-

be generar acciones que transformen todas las situaciones de injusticia.

Una Iglesia que sigue a Jesús tiene que molestar al poder y no lo molesta sólo hablando, lo molesta cuando empieza a generar organizaciones que quieren transformar esa realidad. De eso nosotros damos testimonio porque esos años pudimos vivir con el apoyo del pastor que nos enseñó a no callarnos ante las injusticias y a sentir el dolor de ese pueblo pobre.

No me voy a olvidar nunca cuando lo acompañé a una fiesta patronal y llegamos un pueblito metido en el interior. Apenas llegamos se acercaron, ante la visita del Obispo, los puesteros, los dueños de casa, y la encargada de la capillita empezó a servirle mates con tortitas de chicharrón. El Pelado miraba la galería donde el resto de la gente estaba tomando mate y se las rebuscó para salir de ese trato preferencial y decirle "está muy rico su mate, doña Lucrecia, pero a mí me gustaría probar aquel otro también a ver si

es tan rico como el suyo", y enseñada estábamos todos bajo la galería. Él nos enseñó que una Iglesia no puede aceptar privilegios y debe ser parte de una comunidad en serio. Nos enseñó a querernos, a celebrar los cumpleaños, a que cuando alguien era detenido había que movernos todos. Cuando detuvieron a los curitas Enrique y Antonito, el juez se volvió loco porque dejó una eucaristía en el ofertorio. En la misa nos dijo "nosotros no podemos consagrar si hay dos hermanos nuestros de la comunidad detenidos, cuando hacen lo mismo que hacemos nosotros, no podemos hacer memoria de Jesús y dejarlos solos. A partir de ahora hasta que sean liberados nuestros hermanos vamos a hacer sólo la celebración de la palabra", cruzó la plaza con sus sacerdotes y los que lo acompañaron, se presentó al juez y dijo "vengo a llevarme a estos hermanos o nos detienen a todos porque ellos están haciendo lo mismo que nosotros".

Y al otro día salieron libres.

aportes para entender la crisis argentina

Alberto Parisi

El mundo de lo social y lo político

Constatamos que la militancia social y las organizaciones sociales miran con malos ojos a la militancia política, al mundo de lo político, a quien entra a la práctica política profesional, a la arena donde se disputa el poder, la acumulación y distribución del poder.

Quien entra allí, proviniendo aún de partidos populares o de sectores u organizaciones progresistas de base, sufre habitualmente una mutación, se cambia. Empieza a no cumplir lo que había prometido, se viste de otra manera, empieza a tener otro lenguaje. Se convierte en un funcionario o funcionaria, pasa a ser alguien alejado que ya no visita los lugares de base de donde proviene. Esto aumenta la sensación de que el mundo de lo político es un mundo cenagoso, de barro sucio que más bien conviene no pisar. Por esto se piensa que la opción más nítida, clara y efectiva es la militancia social, donde se trabaja cara a cara con la gente y con quienes hacen los emprendimientos.

El poder de lo social

Si bien este diagnóstico es cierto, tenemos que pensar que la militancia social cumple el rol de acumular poder, o dicho de otra manera, de generar hegemonía, consensos parciales en las distintas instancias de lo social: movimientos de base, de género, de desocupados y otros. El trabajo de la militancia social acumula poder, generando consensos parciales. Pero esos consensos tienen un techo; luego deben engancharse a lo político con el doble fin de legitimar la práctica política, y a la vez saltar de consensos parciales a consensos más generales y universales, porque lo político trabaja con la acumulación más general de poder en función de un proyecto de país. Uno de los signos que diferencia y a la vez exige la articulación entre lo político, como práctica profesionalizada, específica, y la militancia social está en el tipo de consenso que prima. En estos años podemos decir que la política en el país se ha robado el consenso de lo social y se autodenominó representativa de los intereses sociales. En realidad ha sido una política absolutamente deslegitimada porque está desconectada de la base social. Y la



política sin esa conexión, que es la que le transmite la savia de los consensos parciales, es una práctica autista, perversa; es un juego en favor de aquellos que se metieron en ella para realizar un proyecto personal de acumulación de riqueza y poder. Ya los conocemos en nuestra historia, son los mismos que hoy vuelven por sus fueros queriendo estar nuevamente al frente del país.

De lo que se trata es de reinstaurar la articulación, el enganche, entre lo social y lo político. Tenemos un frustrado ejemplo práctico de esto, luego de las experiencias del Frente Grande, del Frepaso, de la Alianza. Decíamos por entonces que esa era la alternativa del enganche, en la medida en que un montón de militantes que habían peleado por eso iban a estar en la nueva gestión. Sabemos cómo terminó, y la gigantesca decepción que produjo.

Ética y política

Frente a estas experiencias recientes, hoy se reitera, de manera mucho más aguda, la división entre lo social y lo político. Hoy mucha gente piensa que es ético no estar en la política y que lo ético es luchar contra la política.

Ya en los inicios del concepto moderno de Estado, se entiende que la ética y la política nacen en cunas separadas. La idea del bien común fundamentada en la voluntad de Dios pertenece a la vieja idea medieval de que el origen del poder está dado por Dios al príncipe, de tal manera que quien obedece al príncipe obedece a Dios. La burguesía, como clase emergente, acabó con esta concepción que fundamentaba el poder de la aristocracia. La iglesia era el aparato ideológico orgánico a la aristocracia que daba el argumento para fundamentar esta visión de poder. La burguesía creó otro tipo de poder, la visión del pacto social, pero se cuidó de separar ética y política. En este punto siempre mencionamos a Maquiavelo, a quien la historia le atribuye ser el primero en codificar esta separación, poniendo por encima a la razón de Estado. Maquiavelo dice: el príncipe obrará de acuerdo a la moral mientras pueda; cuando no, obrará contra la moral. Es decir, obrará en favor de la razón de Estado que está por encima de la moral, porque si no hay Estado no puede haber siquiera moral.

Que se vayan todos

Otra expresión de la separación entre lo social y lo político está reflejada en la emblemática frase: "que se vayan todos". Esta expresión no se puede entender de cualquier manera, hay que interpretarla metafóricamente en el sentido que se tienen que ir todos los embusteros, ladrones, los responsables de la situación actual. Tampoco se la puede entender aritméticamente porque en la política también hay gente importante y si se fueran todos se acabaría la

política. Pero el problema sigue estando ¿a quién convenzo hoy? Si hablo con un joven y le digo que sin política este país no tiene salida, me tira con lo que tiene a mano. Pero, de nuevo tengo que afirmar que sin política no hay efectivamente salida, no podemos cancelarla. Entonces, el "que se vayan todos" tendrá que ser entendido de un modo bastante amplio, referido a los grandes cuadros de dirigentes.

La política testimonial

No hace mucho el ex vicepresidente Carlos Chacho Alvarez afirmaba que la política, o es testimonial, o se desarrolla en la arena de la disputa política. Esa misma arena política se lo tragó a él mismo y a mucha otra gente más. En reacción, hay gente que piensa en retornar a la política testimonial, que sabe que, por el momento, no puede incidir en las transformaciones. Esta política es fuertemente ideológica ya que, al no tener compromisos con transformaciones, tiene una enorme libertad para decir muchas cosas que a lo mejor no podría decir si tuviera responsabilidades de gestión. Es crítica y denunciadora, y está conformada siempre por pequeños grupos.

La política como resistencia

Frente a la política testimonial, ¿por qué no pensar la política como resistencia? Esta política tiene como condiciones la renuncia a la división entre lo social y lo político. En segundo lugar requiere pensar que los tiempos de la transformación no son los tiempos de nuestra vida personal, es decir, no son tiempos cortos. La política de la resistencia convoca a apuestas de mediano y largo plazo, dado el tamaño enorme de la crisis y el deterioro. Rehacer un país como la Argentina de todo el daño que se le ha propinado va a llevar muchos, muchos años de política de resistencia. Imaginemos que el mejor gobierno posible gane en las próximas elecciones, que este gobierno llame a una constituyente para la renovación total de los mandatos, que el país tenga un perdón de su deuda y a su vez reciba nuevos fondos... no obstante eso pasarían muchísimos años para que nuestro país se rehaga. A corto plazo no hay salida, sólo puedo decidir qué hago en la agonía, me quiebro o me voy a vivir a un termo, es decir me salgo de la realidad y me vuelvo un cínico. A las condiciones de la política como resistencia, le agregamos una característica: que tendría que asumir las acciones de contención de las políticas de so-

brevivencia, los nuevos emprendimientos sociales y solidarios que hacen que la gente no se caiga —por ejemplo el trueque— porque debajo de la línea de la indigencia está la línea del crimen o la muerte. El que entra a la pobreza estructural comparte su vida entre trabajo y delincuencia, según las palabras del orden establecido. Por debajo de esta pobreza está la indigencia, que es una canasta que no logra cubrir los nutrientes básicos para vivir pero que no habla de casa, salud, educación, etc. Más abajo de la indigencia no hay nada, está la muerte. En los últimos años, la indigencia se ha duplicado en Argentina. La combinación de pobreza e indigencia es un cóctel explosivo.

La política de la resistencia debe asumir eso como acción política, de signo distinto a la política dominante. Por lo tanto la acción social ya no escinde lo social y lo político, lo empieza a ver unido y como una nueva forma de hacer política. Es una propuesta que exige apuestas en tiempos diferentes, que ya no separa lo social y lo político, sino que busca su articulación. Esto lo discute, por ejemplo, una organización sindical como la CTA, sin llegar a convertir-

se en un partido político, lo cual puede ser una trampa. Ejemplos de acciones de una política de resistencia son entonces la consulta popular realizada el diciembre pasado, o los cinco puntos de la convocatoria que se plantea ahora.

Un final incierto y abierto

¿Servirán estas acciones como una forma de superar la contradicción social-político y de superación de la crisis? No lo sé. Pero sí afirmo que la crisis tiene un final incierto y abierto. Incierto porque finalmente no sabemos de tiempos, no sabemos de resultados y nadie los garantiza. Además la crisis tiene un contexto regional y mundial que aquí no mencionamos, somos un punto en este contexto de crisis.

También es un final abierto en la medida en que la historia no está cerrada y seguimos creyendo en que es posible transformar el mundo. Hacer esta afirmación esencial tiene que ver con nuestra dignidad, que es lo único que no podemos dejar que nos roben, para así poder recuperar el proyecto de una mejor calidad de vida.-

propuestas para reconstruir la nación

Claudio Lozano

En materia económica, el momento actual no sólo exhibe un profundo cuadro de desigualdad, por haber salido del régimen de convertibilidad y por esta especie de desbocada devaluación que ha vivido la Argentina, sino una situación de profunda injusticia; porque desde aquel momento hemos arrojado alrededor de 750.000 personas por mes a la situación de pobreza. Es decir que los niveles de desigualdad se han profundizado de una manera sumamente significativa.

Dos falacias oficiales

Me gustaría señalar la pocas perspectivas que tienen en el mundo de hoy las dos claves en torno a las cuales se justifican las políticas oficiales. En el discurso oficial, el eje de la discusión sobre la salida de la Argentina está puesto en la posibilidad de un acuerdo con el Fondo Monetario Internacional. En segundo lugar, el otro elemento en el que cifra expectativas el Gobierno Nacional, e incluso es lo que plantea buena parte de la derecha de nuestro país, es que a partir de este proceso de devaluación la Argentina creciera en base a las exportaciones. Estas dos cuestiones tienen un alto nivel de falsedad y además carecen de relación con el contexto internacional actual. El mundo de hoy es diferente al del '90, es un mundo donde se ha puesto de manifiesto una crisis generalizada a nivel de la economía mundial, a nivel de las principales economías del planeta. Esta situación de recesión y estancamiento tiene dos efectos muy concretos que le otorgan escasa posibilidad a la apuesta oficial: el primero es que los ca-

pitales en lugar de venir hacia nuestros países, como venían en la década pasada buscando opciones de inversión, por ejemplo para comprar las empresas públicas, vuelven hacia los países más desarrollados. El argumento oficial es que si nosotros acordamos con el FMI rápidamente va a ver un ingreso de capitales que va a permitir dinamizar la actividad económica de la Argentina.

La segunda argumentación falsa es que al dinamizar las exportaciones, la Argentina puede darle respuesta al conjunto de su sociedad. Pero los países más desarrollados compran menos, y si compran menos, los productos que nosotros vendemos valen menos. Por lo tanto, no hay posibilidad de dinamizar la economía por vía de las exportaciones. Pero además, las exportaciones argentinas están fundamentalmente vinculadas a recursos naturales, procedentes del agro, del petróleo y del gas, que generan bajo nivel de empleo. Al mismo tiempo, apenas cien empresas concentran casi la totalidad de lo que se exporta, por lo cual, el hecho de que se dinamicen las exportaciones no tiene ningún efecto necesario sobre el resto de la economía del país.

En definitiva, la nueva situación internacional le quita toda posibilidad a la estrategia oficial. Esto sumado a que todos percibimos que, a pesar de que el gobierno se esfuerza una y otra vez en hacer los deberes, desde afuera le dicen siempre que falta algo más y no le conceden el acuerdo. Esto no es por casualidad, lo que está en marcha es un proceso de castigo a un país cuya sociedad el año pasado, a través de una importante movilización que duró prácticamente todo el año